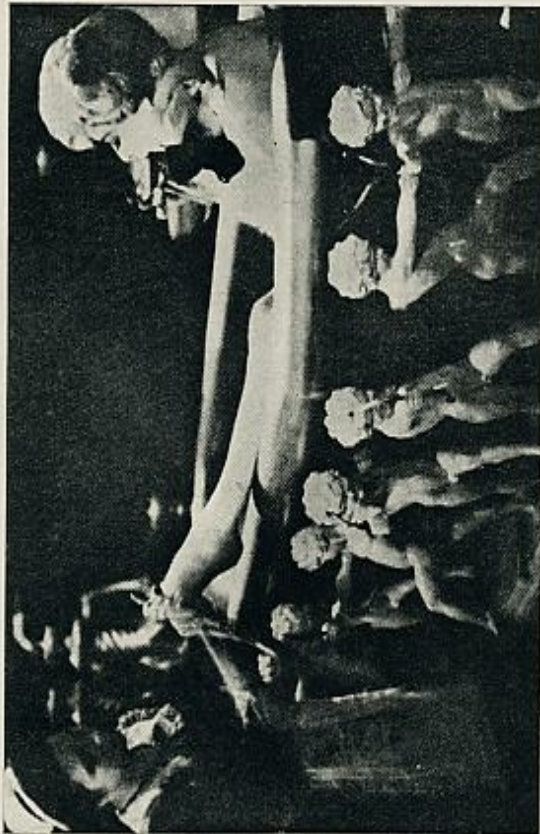


VILLEGAS LOPEZ



STROHEIM

VILLEGAS LOPEZ

STILLER

que a sí mismo. Stiller no se acomodó nunca a Hollywood, a sus métodos industriales y a sus productores omnipotentes, pensando continuamente en volver a Suecia. Solamente Eric Pommeré, contrastado como productor, en unión de Pola Negri, que estaba encantada con aquel director, logró el gran éxito de «Hotel Imperial», en la empresa rival Paramount. En seguida hizo «Confesión», con la misma Pola Negri, que fue un éxito, pero su siguiente film, con la misma estrella, tuvo que ser interrumpido por enfermedad de Stiller. Lo mismo sucede con «El destino de la carne», interpretado por el gran astro de la producción, Emil Jannings. Stiller vuelve a Escocia, para morir en su patria. Seguramente, toda una gran obra futura murió con él.

Stiller maneja la clave de un cine internacional con más insistencia y mayor maestría que Sjöström, pero unos temas y estilos a la moda han corroido sus films, al pasar el tiempo. «El tesoro de Arnos» está hoy inactivo, como una obra maestra, quizá porque responde a unos condicionamientos genuinos y unas líneas directrices que son las eternas del arte nórdico; sin que ello suponga la proclamación elegante de un nacionalismo artístico, encerrado en lo autóctono. La cuestión es que Stiller se salva sobre las películas manifiestamente suecas o nórdicas en general y se pierden hoy en el género internacional, que tanto gustó cultivar y que respondió a una importante faceta de su personalidad.

PRINCIPALES PELICULAS:

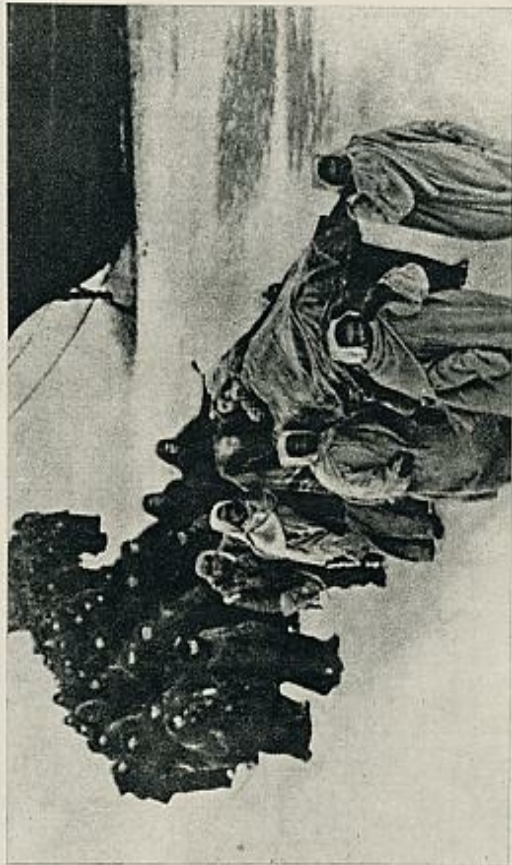
«Madre e hijos» (Mor och Dotter), «Las máscaras negras» (De Svarta Maskerna), «El vampiro o El poder de una mujer» (Vampyren Eller en Kvinna Slav), «Cuando el amor mata» (När Karleken Dodar), 1912; «Sufragistas modernas» (Den Moderna Suffragetten), «Las hermanas» (Broderna), «Una querrela de frontera» (Gransfolken), 1913; «Amigos de infancia» (LeMamsterarna), 1914; «El rey de los ladrones» (Mästarejuven), «Su noche de bodas» (Hans Brollopsnatt), 1915; «Amor y patriotismo» (Karek och Journalistik), «Las alas» (Vingarna), «Wolos», 1916; «El mejor film de Thomas Graals» (Thomas Graal Basa Film), «Alejandro el Grande» (Alexander den Store), 1917; «En los remolinos» (Saugen On den Eldröda Blomman), 1918; «El tesoro de Arnos» (Herr Arnes Dengarn), «La venganza de Jacob Winadas» (Fiskabyn), 1919; «Erosikon», «A través de los rápidos» (Johan), 1920; «Los emigrados» (Landsflyktiga), 1921; «La vieja leyenda de Gosta Berling» (Gosta Berling Sägga), 1924. Todas en Suecia. «Hotel Imperial», «Confesión» (The Woman on Trial), en Estados Unidos.

«La reina Kelly».

Entre sus conquistas, empujó la de una muchachita empleada en un parque de atracciones, perseguida por su brutal patrono y defendida por un forjado, movido por inconfundido amor. Pero el príncipe, de incógnito, propuso a la muchacha y acaba enamorado de ella, a pesar de lo cual se casa con la princesa. El forjado hace estrangular por un gorila al dueño del carrusel, y las complicaciones de la primera guerra mundial acaban por resolver finalmente el idilio. La película no fue terminada por Stroheim, al que Irving Thalberg despidió, sino por un director oscuro, Rupert Julian, que cumplió su cometido con discreción y respeto. Todo lo que está en este film va a ser desarrollado por completo en «La marcha nupcial».

«Avaricia» o «Codicilio» es una de las obras gigantes y geniales del cine. Basada en una novela de Frank Norris, «Mc Teague», una especie de Zola norteamericano, pinta con terrible autenticidad la vida real de un mundo y unas gentes, previendo de los ideales de prosperidad, triunfo y misión redentora del país, tan directos del norteamericano, sobre todo en aquellas fechas. La locura del dinero, que lo mueve todo, adquiere aquí todos sus sórdidos caracteres, al enfrentarse con la mediocridad y la pobreza. Esa gente, entre loca y brutal,

desarrollada luego por la moderna novelística norteamericana, está aquí pintada con un realismo implacable, feroz, tocado a veces de ese humor agrio, que lo realza. Todo lo mueve un momento de dinero, que unos hombres se disputan sórdidamente, y acaba por destruir y enloquecer a la mujer, el gran papel de Zasu Pitts. La escena en que ésta se tiende voluptuosamente sobre la cama, cubierta de monedas, o la muerte de los dos hombres en el desierto, o la fiesta de la boda... son algo que no se ha alcanzado nunca más. La película abunda en un auténtico espíritu norteamericano, y pudo crear un genuino cineasta de aquel país, con una rudeza como sólo Welles lo hizo después en «Ciudadano Kane». Este realismo llevó a Stroheim a filmarlo todo en lugares auténticos, desde el Valle de la Muerte, hasta la casa verdadera de la que el novelista habla en su obra. Filmó durante nueve meses y montó durante seis, componiendo una película enorme, de cuarenta y dos rollos y ocho horas de duración, producida por la Metro. Pero en esta empresa, entretanto, había ido a parar también Irving Thalberg, su enemigo reconocido, que hizo reducir la película primero a veinticuatro rollos, luego a dieciocho y por último a diez: una sombra de lo que debió ser. Pero su formidable fuerza brota de estos restos, para ma-



«El tesoro de Arnos».

621

624

VILLEGAS LOPEZ

STROHEIM

STROHEIM
Erich von

DIRECTOR, actor, argumentista. Nació el 22 de septiembre de 1885, en Viena (Austria-Hungría). Murió en Mauthausen (Seine-et-Oise), Francia. He aquí uno de los orígenes del cine, porque el hombre se confundió con su personaje y su vida con su obra, creándose mutuamente en una simbiosis llena de secretos, difíciles de desentrañar. Es la época en que el cine era considerado sus mitos, y sus grandes figuras —o bre todo los actores— debían responder con su existencia personal a ese mito que encarnan en la pantalla, frente a los mayores públicos que ha conocido la historia. Como tantos otros, Stroheim creó el suyo, haciendo convivir la verdad y el ablatif, más allá de lo fácil y cotidiana propaganda entonces al uso. Según declaró repetidas veces, y en parte rectificado después, su nombre era Erich Hans Oswald Carl Maria Stroheim von Nordenwald, hijo de un coronel del aristocrático regimiento de dragones, y de una dama de la Emperatriz de Austria-Hungría, es decir, era un aristócrata del protocolo y rigido imperio de Francisco José. Estudió en un distinguido colegio privado, y después ingresó en la Escuela de Cadetes de Moerich-Wienbrichen, y luego en la Academia Militar de Wienerneustadt, de donde salió, en 1902, con el



Erich von Stroheim.

622

grado de subteniente. Llegó a teniente en 1908, combatió en alguna campaña en el famoso regimiento de dragones, atendió a caballo y recibió condecoraciones. Escribió poemas y colaboró en alguna revista literaria de vanguardia, hasta que en marzo de 1909 rompió con aquella vida y aquel mundo, y se cambió en Hamburgo, como pobre emigrante, para los Estados Unidos. Esta ha sido la versión oficial, unanimemente admitida, y sobre la que se ha hecho toda clase de literatura explicativa de su figura y de su obra. Pero en 1961, el escritor cinematográfico Dennis Malton, estudiando la vida del gran realizador y actor, hizo investigaciones en Viena donde encontró datos muy distintos. Nacido en la fecha indicada, consta como irlandés, inscrito en los libros de la comunidad, hijo de Mariano Stroheim, fabricante de sombreros, con otro hijo, Bruno (1889-1958). Y allí consta que Stroheim abandonó la comunidad judía en noviembre de 1908, fecha en que marchó a América. Toda la leyenda del pasado militar y aristocrático de Stroheim se viene abajo. Pero, por otra parte, la actriz Denise Vernac, compañera de los últimos años de Stroheim, conserva retratos del joven cadete, de uniforme, entre otra mucha documentación del realizador. Los conocimientos militares de Stroheim eran indudables y extraordinarios, como cuando por un viejo botán de uniforme el regimiento a que pertenecía, por ejemplo, y durante toda su vida conservó su vocación militar. Cuando ya en sus últimos días, inmortalizado en la cana y sin poder hablar apenas, se le entregó la Legión de Honor, su respuesta fue un saludo militar. Fantasia y realidad que el cineasta conjuga constantemente y que se hacen vida y figura en el propio Stroheim. «Todo eso no es —dice el gran crítico uruguayo José María Podestá con aguda certeza— sino refacción biográfica de una realidad muy concreta, creada por Stroheim en sus películas, realidad que rebasa los linderos de la pantalla y se viene sobre el actor-actor, fundiéndose con él».

Porque la explicación de su personaje real y cinematográfico, de su vida y de su obra, brota de aquella Viena imperial, donde Francisco José rebió durante sesenta y ocho años seguidos, desde que el viejo mariscal Radetzky le puso en el trono casi adolecentes, abogando en sangre las aspiraciones liberales, hasta que el imperio austro-húngaro se desahozó por sí mismo, más que como consecuencia de la segunda guerra mundial. Un imperio obstinadamente reaccionario, desde el Congreso de Viena (1815) y Metetrnich, empinado en un jaramollismo faragante, cerradamente militarista —el Emperador se vanagloriaba de no haber leído nunca más que el semanario militar—, cuyos brillantes uniformes no escondían nunca más que derrotas; ese gigantesco arriñico histórico y geográfico, obtenido en subsidio, fue quizá la causa inicial de la primera guerra mundial. Nadie como Stroheim ha pintado la

disgregación, la podredumbre y la falsa gloria de esa sociedad, que se corrompía encerrada en sí misma, en un vanidoso aristocratismo inútil. Stroheim, cualquiera que sea su origen y la realidad de su vida, lo simboliza con destimbramiento insubstancial y lo repudiaba con ferocidad marxista de gran artista creador. La contradicción es la esencia misma del arte y de la vida.

¿Ben que llegase a Norteamérica en 1909, bien que fuese en 1906 —como testimonian otras investigaciones— su vida fue oficial y pintoresca, de emigrante lipio, dispuesto a sobrevivir en la gran nación creciente, donde todo era posible: vendedor de globos callejeros, profesor de equitación, animador en un restaurante alemán, empuñador en un almazán, envuelto en el electrico porteaeroplano por tres años, obrero de una línea ferroviaria, mozo de camarero en un cine, recepcionista de un hotel, oficial en el ejército mejicano de Francisco Madero, baidro en una ciudad boliviana, etc. En esta época, fue su primer matrimonio con Margarete Krenos, de la que se divorció pronto, y sus amores con una criada sueca, a la que quería hacer actriz, y para la que escribió un drama, que consiguió estrenar, con un total fracaso. Y, al fin, se retiró en los estudios cinematográficos donde trabajaba Griffith. Allí hace de todo, pero especialmente doble de los actores (estran-manos), para ejercicios peligrosos, consejo militar para escenas de batallas, pequeños papeles diversos y al entrar Unidos en la primera guerra mundial, especialista en salomones maldos, al servicio de la propaganda contra los Imperios Centrales. Pero tenía la precaución de no figurar con su nombre genuino, sino como Erich Strom, aunque la fórmula para presentarlo era: «El hombre a quien a usted le gusta odiar». Su consagración como actor es en «Corrazones del mundo» (1918) en el papel de oficial prusiano, película de Griffith. En esta época se casa (1916-18) con Mary Jones, decoradora de Griffith, de la que tiene su hijo Erich y de la que se divorcia.

Entonces convence a Carl Laemmle, dueño de la Universal, de que le confíe la dirección de una película sobre una obra teatral propia, «The pinaklet», de la que sería el protagonista. Fue «Malditos ciegos» (1918), que costó 42.000 dólares y dio un millón de beneficios. Historia de un teniente austriaco, Doer Juan impudente, que trata de conquistar a la mujer de un médico norteamericano. En una empudación monótona, el médico descubre una carta de su mujer, en poder del oficial, en venganza contra la ceguera que le sostiene y le deja en un lugar peligroso, mortal. Pero resulta que la carta contiene la negativa de la mujer y la proclamación de su amor al médico. Cuando el médico trata de rescatarla, el oficial, tras una escena de pánico indescriptible, se las desahozó. Película inocente, pero con todas las características del mundo de Stroheim, que en adelante desarrollará con una fuerza y una

VILLEGAS LOPEZ

STROHEIM

623